

La educación según Platón¹

Laura M. Banchio

INTRODUCCIÓN

Platón nació en el seno de una familia de la nobleza ateniense, en el año 427 a.C. Por su origen aristocrático, se vinculó con la vida política de Atenas desde su más temprana edad. Él mismo cuenta, en su Carta VII, que desde muy joven quiso intervenir en los asuntos públicos. Pero esta vocación política sufrió un duro golpe con la dictadura de los treinta, luego de la derrota ateniense frente a Esparta, y en especial con la injusta condena de su maestro Sócrates, acaecida durante un gobierno democrático: “Entonces [dice] me comenzó todo a dar vueltas con vértigo de náuseas, y llegué a la convicción de que todas las actuales constituciones de los pueblos son malas. Y me vi impelido a cultivar la auténtica filosofía, pues a ella hacía yo el honor de creer la fuente del saber para todo, maestra de lo que es bueno y justo tanto en la vida pública como en la vida privada. Nunca se verá la humanidad libre de los males que la aquejan, así pensaba yo, mientras no se hagan cargo de los negocios públicos los representantes de la verdadera y auténtica filosofía, o al menos mientras los investidos del poder público, llevados de un impulso divino, no se decidan a ocuparse seriamente en la verdadera filosofía.” (Hirschberger 1982)

Platón comprendió, aun siendo joven, que la educación del hombre, y en especial del gobernante, es el único camino para llegar a conformar una sociedad justa. Sólo quien vive en el diálogo directo con lo inteligible, quien se eleva de lo mudable y sensible a lo inmutable y eterno, posee la mirada profunda que necesita el hombre de Estado para conducir la sociedad real hacia la sociedad ideal. La política debe plasmar en la ciudad terrena el arquetipo que contempla en el mundo ideal, y la educación es el cincel que permite modelar la sociedad ideal en este mundo limitado por el devenir, el cambio y la materia.

La "auténtica filosofía" es, según Platón, la fuente del saber sobre lo que es bueno y justo, tanto en la vida privada como en la pública. En sintonía con esta distinción, el presente artículo aborda las ideas de Platón sobre educación desde dos perspectivas: en la primer parte, centrando la atención sobre el individuo, y en la segunda, destacando la dimensión política del hecho educativo.

PRIMERA PARTE: La educación del individuo

Suele llamarse "educación" al proceso de transmisión y asimilación de costumbres, normas, técnicas e ideas mediante el cual cada sociedad incorpora a quienes se integran a ella. En los textos de Platón el término educación tiene un significado diferente. Quien

¹ Fuente: <https://altaeducacion.org/forum/topics/la-educacion-segun-platon>

transita la verdadera educación se ve obligado a superar el sentido común, la forma media de ver las cosas, para descubrir lo que hay detrás. La verdadera educación implica la adopción de una óptica "nueva" que se adquiere cuando uno se aleja de lo cotidiano o, mejor aún, cuando comienza a mirar lo cotidiano con ojos diferentes.

Antes de ocuparnos de la concepción platónica de "educación", repasaremos brevemente los conceptos centrales de la antropología del filósofo ateniense, ya que sólo desde ella adquieren sentido sus ideas pedagógicas. Sabiendo qué es el hombre, cuál es su condición y cuál su destino, sabremos cómo se lo debe educar para que alcance su máxima realización.

El dualismo antropológico de Platón

En tiempos de Homero se hizo notorio el triunfo de los dioses olímpicos de la Naturaleza por sobre la antigua religión doméstica de los antepasados. "El mundo se hallaba gobernado por los dioses, no por pálidos espectros, sino por figuras de carne y hueso, rigurosamente corporales, que obraban a través de todos los ámbitos. Junto a ellos y en contra de ellos no obraba poder demoníaco alguno, ni siquiera la noche ponía en libertad las almas de los difuntos." (Rohde 1983) La "psique" (alma) de los difuntos, antes tan temida, pasó a ser una sombra cuyos contornos apenas permitían identificar al ser que un día disfrutó de vida. De ella habían huido todas las potencialidades de la voluntad, de la sensibilidad, del pensamiento. El alma, después de la muerte, no efectuaba acción alguna sobre el reino de lo visible. Quedaba confinada en el Hades, del que jamás regresaría. La vida del alma tras la muerte apenas si merecía ese nombre. Para el hombre homérico, la terrena era la única vida verdadera. El estado que sobrevinía tras la muerte no era algo que se pudiera valorar más que esta vida. La psique, al abandonar el cuerpo, iba flotando a reunirse con el cortejo innumerable de sus iguales en el sombrío reino de lo invisible. Jamás desandaba el camino. Estaba lejos de los vivos, flotando aturdida y semiinconsciente en las entrañas de la tierra, con una media voz (como el canto del grillo), débil e indiferente a todo.

La antropología platónica es radicalmente distinta de la homérica. Y ello se debe en parte a la influencia que sobre ella ejerció una corriente filosófico-religiosa que irrumpió en Grecia en el tiempo que medió entre Homero y Platón: el orfismo, portador de una nueva concepción del alma, de la vida y de la muerte.

Durante el siglo VI a.C. se proyectó sobre toda Grecia, desde el norte tracio, el culto de Dionisos. El mismo se refugió en sectas basadas en textos normativos de carácter ritual y teológico que se presentaban como de inspiración divina, pasando por obras del propio fundador de esta corriente: Orfeo. El relato religioso central del orfismo afirmaba que Dionisos, hijo de Zeus y Perséfone, había recibido siendo niño el gobierno del mundo. Los malignos Titanes se abalanzaron entonces sobre él y Dionisos escapó a fuerza de metamorfosis, hasta que, habiendo adoptado la forma de toro, fue dominado, descuartizado y devorado en pedazos por sus enemigos. Sólo su corazón fue salvado. Zeus lo comió y de él nació el nuevo Dionisos, hijo de Zeus y Semelé, reencarnación del primero. Por su parte, los Titanes fueron exterminados por Zeus mediante un rayo y de

sus cenizas nació el género humano, en el que la bondad (herencia de Dionisos) se mezcla con la maldad heredada de los Titanes.

Según el orfismo, el hombre debe tender a liberarse del elemento titánico para retornar en toda su pureza a Dionisos. La distinción entre lo dionisiaco y lo titánico en el hombre se expresa a través de la dualidad cuerpo-alma. El hombre debe aprender a liberarse de las ataduras del cuerpo que encierran a su alma como la cárcel al preso. El camino para alcanzar la liberación recorre múltiples reencarnaciones y consiste en escapar de este eterno retorno al cuerpo mediante la práctica de los ritos órficos, el ascetismo y el desprecio hacia todo lo que ata el hombre a la vida mortal y la corporeidad. Del orfismo, a través de los pitagóricos, tomó Platón su concepción dualista del hombre. También para Platón el hombre es su alma y el cuerpo no es sino una morada transitoria a la que se accede para expiar una culpa.

El hombre es su alma, y el alma es primordialmente razón. Junto a la razón se encuentran las dos partes a-lógicas del alma: la irascible y la concupiscible. Estas dos fuerzas irracionales, que imprimen dinamismo a la vida anímica, pueden conducirla por caminos equivocados, llevando al hombre a vivir una vida indigna, irracional.

La "alegoría de la caverna", pasaje del diálogo La república en el que Platón habla del "estado de nuestra naturaleza según esté o no esclarecida por la educación" (Platón 1988), presupone esta concepción de hombre. El hombre educado es aquél que, comprendiendo que el mundo sensible es sólo una imagen confusa del realmente real, se eleva de lo sensible, mudable y material a lo eterno, inmutable, inteligible e inmaterial, a las ideas; y al hacerlo descubre que está llamado a vivir como un dios, en trato directo con lo eterno.

La alegoría de la caverna

Platón inicia el libro séptimo de La república relatando una historia imaginaria con el fin de clarificar qué es la educación. La misma se conoce como "mito de la caverna" o "alegoría de la caverna".

Un grupo de hombres vive dentro de una caverna. Los separa del mundo exterior un camino escarpado. Ellos, que nunca lo han visto, toman a las sombras por realidad, viviendo así en el error y el engaño. Están tan convencidos de ello que educarlos, es decir, ayudarlos a transitar el camino hacia el exterior, se torna muy difícil. Si a un hombre que vive en la caverna de la ignorancia "se lo obliga a mirar la luz misma del fuego, ¿no herirá ésta sus ojos?" (Platón 1988). El aprendizaje es doloroso. Se necesita esfuerzo para superar las opiniones cotidianas y elevarse a lo que verdaderamente es. Sin embargo, la recompensa vale el esfuerzo: "Si [quien ha salido de la caverna] recordara la antigua morada y el saber que allí se tiene, y pensara en sus compañeros de esclavitud, ¿no crees que se consideraría dichoso en el cambio y se compadecería de ellos?" (Platón 1988)

El hombre que ha realizado el proceso, que se ha educado, sufre y se confunde al enfrentarse con el mundo superficial y sensible; sus ojos quedan "como cegados por las

tinieblas al llegar bruscamente desde la luz del sol" (Platón 1988). Pero, a pesar de ello, el filósofo debe volver a la caverna para iluminar a quienes aún viven en la oscuridad. La educación es vocación para quien ha sido educado, es un llamado que exige renuncia y que no se acepta buscando placer u honor sino soportando las molestias en pos de la superación social de la ignorancia.

La educación es entonces el proceso que permite al hombre tomar conciencia de la existencia de otra realidad, más plena, a la que está llamado, de la que procede y hacia la que se dirige. El hombre educado comprende que esta vida no es sino un paso, un eslabón de una cadena de reencarnaciones que deben aprovecharse para dejar lo sensible en pos de lo inteligible, haciendo el mérito necesario para superar esta condición corporal de modo definitivo.

El hombre es burlado sin siquiera saberlo. Vive en el engaño, despreocupado, ignorante. Pero esa situación no es necesariamente definitiva. El hombre posee los medios para escapar de ella: la razón y la educación. Por eso para Platón "la educación es desalienación, la ciencia es liberación y la filosofía es alumbramiento" (Droz 1992).

El mito del carro alado

En el Fedro, Platón compara al alma humana con un carro alado tirado por dos caballos y conducido por un auriga. Los dos caballos son de razas distintas y es difícil conducirlos. El auriga representa a la razón, los dos caballos a las partes concupiscible e irascible del alma. Se hace arduo el camino de este carro alado hacia la cumbre del cielo, debido a que el caballo de la concupiscencia tira hacia abajo.

Este mito es un complemento necesario del "mito de la caverna" para comprender cómo entiende Platón la educación. Desde este último su concepción parece demasiado intelectualista, como si educar fuese sólo formar a la razón para que conozca la verdad. Desde este nuevo mito se destaca la importancia de las pasiones que, de ser conducidas por la razón, pueden llevar al hombre a vivir según su condición divina, y, de ser indisciplinadas, pueden impedir al hombre su realización. Se percibe así el riesgo de una formación que descuide las pasiones, que las deje crecer, hacerse fuertes y desordenadas. Un acaballo así crecido y mal educado se torna difícil de conducir y, en vez de servir a los fines de la razón, lleva al hombre a perderse en sus caminos caprichosos y carentes de destino.

El hombre debe ser formado en la virtud, en el dominio de sí. Cuando la razón domina y gobierna al hombre, el caballo concupiscible se torna templado, el irascible fuerte, la razón actúa con prudencia y el hombre adquiere en sí mismo el valor de la justicia.

Implicancias metafísicas de la pedagogía platónica

Para Platón lo que más merece el nombre de "ser" es lo inmutable. De ahí que afirme que el verdadero conocimiento versa sobre lo inteligible, olvidando lo mudable, material y temporal. La existencia, que siempre se da en el ente individual y concreto, no tiene aquí importancia alguna, queda fuera de la reflexión filosófica. Ser es ser lo que se es. En la medida que las cosas sensibles cambian, en esa misma medida no son.

La única realidad que responde a las exigencias del ser así definido son las ideas. Las ideas platónicas no se encuentran en los objetos del mundo sensible sino fuera de ellos, en un mundo ideal, arquetípico; existen con independencia del hombre que las piensa. Y la educación consiste precisamente en aprender a remontarse desde este mundo mutable, enclavado entre el ser y el no ser por el devenir, hasta el mundo inmutable en el que el ser se contempla en su plenitud, hasta las ideas eternas.

SEGUNDA PARTE: Dimensión política del hecho educativo

El estado, una persona moral similar a los individuos

Platón ve al Estado como una persona moral que sólo difiere de las personas humanas en sus proporciones. Al igual que los individuos, el estado sólo alcanza su plenitud y perfección si se subordina a la razón y la moral.

El Estado posee, al igual que el alma individual, tres partes constitutivas:

- la concupiscible, integrada por los productores, los mercaderes y los comerciantes;
- la irascible, integrada por los hombres de armas; y
- la racional, compuesta por los filósofos.

Platón recurre a la siguiente fábula para explicar por qué esto es así: “El dios que nos ha formado ha hecho entrar el oro en la composición de aquellos que están destinados a gobernar a los demás, y así son los más preciosos. Mezcló plata en la formación de los guerreros, y hierro y bronce en la de los labradores y demás artesanos. Como tenéis todos un origen común, tendréis, por lo ordinario, hijos que se os parezcan; pero podrá suceder que un ciudadano de la raza de oro tenga un hijo de la raza de plata, que otro de la raza de plata dé a luz un hijo de la raza de oro, y que lo mismo suceda respecto a las demás razas. Ahora bien, este dios previene, principalmente a los magistrados, que se fijen sobre todo en el metal del que se compone el alma de cada niño. Y si sus propios hijos tienen una mezcla de hierro o de bronce, no quiere que se les dispense ninguna gracia, sino que les releguen al estado que les conviene, sea al de artesano, sea al de labrador. Quiere, igualmente, que si estos últimos tienen hijos en quienes se muestran el oro o la plata, se los eduque a los de la plata en la condición de guerreros, y a los del oro, en la dignidad de magistrados, porque hay un oráculo que dice que perecerá la república cuando sea gobernada por el hierro o por el bronce.” (Platón 1949)

Función política y social de la educación

Así como el individuo sólo llega mediante la educación a ser justo y a vivir una vida moralmente buena, a gobernar las tendencias concupiscible e irascible con la razón, del mismo modo sólo mediante la educación puede formarse una sociedad justa, moralmente buena. Rigiéndose según la justicia, según la idea de bien (idea suprema en la concepción platónica), la sociedad alcanza su máxima posibilidad, tornándose perfecta y dichosa.

La función que cumple la educación en una sociedad justa es la de formar, en primer lugar, a los futuros gobernantes, educándolos en el amor a la verdad y al bien y en el dominio de las pasiones. Como el alma individual debe guiarse por la razón, el cuerpo social ha de dejarse guiar por aquellos en quienes prima la razón, los filósofos, y éstos han de ser educados de modo tal que sepan armonizar las fuerzas que componen la sociedad de acuerdo con los preceptos de la justicia. Además, debe educarse a los guardianes o soldados, en quienes el alma irascible se destaca, y que siendo necesarios para la subsistencia del Estado pueden poner a éste en peligro de no ser sumisos a los dictados de los filósofos, hundiendo a la polis en una guerra intestina permanente. El Estado, por tanto, encuentra en la educación el medio más idóneo para alcanzar su fin: la justicia. De ella depende que logre o no su ideal.

Para la clase inferior no prescribe Platón ninguna educación especial. En cambio, se explaya con amplitud, tanto en La república como en Las leyes, sobre la educación que deben recibir los guerreros y los filósofos. Todos ellos deben quedar al margen de los oficios manuales y dedicarse en forma exclusiva a prepararse para la defensa y el gobierno de la ciudad.

Pero, ¿cómo educar al hombre?, ¿cómo lograr al mejor hombre, capaz de guiar con justicia al Estado? Veremos la respuesta del propio Platón en La república, el más famoso de sus diálogos, y luego seguiremos la evolución de sus ideas al respecto en su período de vejez a través del diálogo Las leyes.

La educación en el Estado ideal según La república

Refiriéndose a aquellos que cuidan y gobiernan la polis, dice Platón en el segundo libro de La república: “un buen guardián del Estado debe tener, además de valor, fuerza y actividad, filosofía [...] ¿de qué manera formaremos su espíritu y su cuerpo?” (Platón 1949) Platón escribe este texto antes de su segundo viaje a Siracusa (367), y responde proponiendo un vasto y completo plan de educación que muestra con lujo de detalles su propuesta educativa.

Bien sabe Platón que la educación comienza desde la más tierna infancia. Por eso fija su atención, en primer lugar, en los relatos y fábulas con que se divertía a los niños de su tiempo, y al respecto se pregunta: “¿Llevaremos, por tanto, con paciencia que esté en manos de cualquiera contar indiferentemente toda clase de fábulas a los niños, y que su alma reciba impresiones contrarias en su mayor parte a las ideas que queremos tengan en una edad más avanzada?” (Platón 1949) Advierte el filósofo el riesgo que implica dejar en manos de personas irresponsables el relato de hechos imaginarios, ya que con ellos se dan los primeros pasos en la formación de la conciencia del niño. Según su opinión, deben descartarse todas aquellas fábulas que presenten a los dioses y a los héroes como seres gobernados por pasiones desenfrenadas, capaces de matar por venganza, de ser infieles, de mentir para sacar provecho, de traicionar a sus amigos. “No quiero que se diga en presencia de un joven que un tirano, cometiendo los más grandes crímenes y hasta vengándose cruelmente de su mismo padre por las injurias que de él hubiera recibido, no hace nada de extraordinario, ni nada de que los primeros y más grandes dioses no hayan

dado el ejemplo [...] y si queremos que los defensores de nuestra república tengan horror a las disensiones y discordias, tampoco les hablaremos de los combates de los dioses, ni de los lazos que se tendían unos a otros; además de que no es cierto todo esto.” (Platón 1949) Los poetas han de sujetarse a las normas que les dicta el Estado, que a su vez, por ser un Estado justo, sigue los preceptos de la razón. No dirán por tanto en sus obras sino que Dios es como es, esencialmente bueno, recto y veraz.

Como el guardián ha de ser un hombre valiente, capaz de sacrificar su propia vida por el bien del Estado, desde su infancia ha de evitarse el plantear a los infiernos o lugar de los muertos como un mundo horrible, porque con ello se alimenta el temor a la muerte. Para que el hombre prefiera la muerte antes que la derrota o la esclavitud, debe escuchar desde niño relatos que presenten las bondades que la otra vida depara a quien se ha comportado recta y valerosamente.

Debe prohibirse también el presentar a los niños la injusticia como un valor. “Los poetas y los autores de fábulas se engañan gravemente con relación a los hombres cuando afirman que los malos son dichosos en su mayor parte y los hombres de bien desgraciados, que la injusticia es útil en tanto que permanece oculta y, por el contrario, que la justicia es dañosa al que la práctica y útil a los demás.” (Platón 1949)

Platón considera a la música como un medio privilegiado de educación, y se declara contrario a las armonías muelles, melosas, que no sirven para la educación del guerrero. Se pronuncia a favor de las armonías fuertes y las tranquilas, que recuerdan a un hombre que invoca a los dioses. “Reformémosle, pues, por entero, y digamos del ritmo como dijimos de la armonía, que es preciso desterrar la variedad y multiplicidad de medidas, indagar qué ritmos expresan el carácter del hombre sabio y valiente, y después de haberle encontrado, someter el número y las medidas a las palabras y no las palabras al número y las medidas [...] Examinaremos más adelante [...] qué medidas expresan la bajeza, la insolencia, el furor y los demás vicios.” (Platón 1949)

Además de en la música, los jóvenes deben ser formados en la gimnasia. “Es preciso que se consagren a ella seriamente desde muy temprano y por toda la vida.” (Platón 1949) Queda prohibida la embriaguez, que impediría al guardián saber dónde se encuentra. La alimentación ha de ser la que convenga a un hombre fuerte y sano, y no la más agradable al paladar, no es ese un buen criterio de valoración. El alimento es para el cuerpo y no para los sentidos. “En un Estado donde reina el desorden y las enfermedades no tardarán en hacerse necesarios los tribunales y los hospitales [...] ¿y no es vergonzoso acudir sin cesar al médico, no en caso de heridas o de cualquier enfermedad producida por la estación, sino por tener el cuerpo lleno de humores, como los pantanos, a causa de una vida muelle.” (Platón 1949) Si el hombre lleva una vida sana, conforme a la razón y a la medida, la enfermedad lo visitará poco y él visitará poco al médico, sólo en caso de necesidad. Si el hombre lleva una vida desordenada, desmesurada y dada a los placeres, los médicos y el Estado deberán ocuparse constantemente de él, y esto no sería justo. “Por consiguiente, establecerás en nuestra república una medicina y una jurisprudencia que sean como acabamos de decir, y que se limiten al cuidado de los que han recibido de la naturaleza un cuerpo sano y un alma bella. En cuanto a aquellos cuyo cuerpo está mal

constituido, se los dejará morir, y se castigará con la muerte a aquellos cuya alma es naturalmente mala e incorregible.” (Platón 1949)

Tanto la música como la gimnasia tienen por fin educar el alma. La primera aporta suavidad, cortesía y dignidad, y la segunda valentía y fuerza. “Los dioses han hecho a los hombres el presente de la música y de la gimnasia, no con el objeto de cultivar el alma y el cuerpo (porque si este último saca alguna ventaja, es sólo indirectamente), sino para cultivar el alma sola y perfeccionar en ella la sabiduría y el valor.” (Platón 1949)

La educación en la música y la gimnasia debe alcanzar no sólo al varón sino también a la mujer. La igualdad de los sexos es resaltada con fuerza en La república. “Será preciso, por tanto, hacer que las mujeres se consagren al estudio de estas dos artes, formarlas para la guerra, tratarlas en todo como a los hombres.” (Platón 1949)

Los guardianes del Estado serán hombres fuertes y poderosos, y si sus apetitos se desordenan podrían transformarse en tiranos. “Estos hombres, así pervertidos, son los que causan los mayores males al Estado y a los particulares, y los que, por el contrario, cuando cambian de dirección en buen sentido, producen los mayores bienes.” (Platón 1949) La educación recibida mediante la música y la gimnasia viene a prevenir este riesgo, pero no es suficiente. Otras normas de vida deben ser enseñadas a estos hombres encargados de proteger y guiar a la polis.

Los hijos de los guerreros, en la república ideal, nacerán de la unión libre entre ambos sexos, ya que entre ellos habrá una comunidad de mujeres, siendo todas para todos, de modo que los hijos sean comunes y los padres no conozcan a sus hijos. Los recién nacidos se entregarán a ellas, que habitarán en cuarteles separados del resto de la ciudad, quienes cuidarán de ellos. “Tal es, mi querido Glaucón, la comunidad de mujeres y de hijos que es preciso establecer entre los guardianes del Estado.” (Platón 1949)

De entre los guardianes se elegirá a aquellos que sean capaces de remontarse hasta la contemplación de la esencia de las cosas, los que tengan espíritu filosófico, para gobernar el país. Sin embargo, no será fácil encontrar tales filósofos. Son pocos los que reúnen el nacer índole natural tan feliz y las almas mejor nacidas se hacen las peores mediante una mala educación. De la buena educación brindada por el Estado depende la formación de sus futuros gobernantes y su propia suerte.

Los futuros gobernantes han de ejercitarse en un gran número de ciencias desde su juventud, para ver si sus espíritus son capaces de sostener los estudios más profundos. Deben unir a su conocimiento del bien, el de lo bello y el de lo justo.

La primera de las ciencias que los ayudarán a pasar de las tinieblas de lo mudable y sensible a la luz de lo inteligible, son la aritmética y la ciencia del cálculo. “En efecto, ellas son necesarias al guerrero para disponer bien un ejército, y al filósofo para salir de lo que nace y muere, y elevarse hasta la esencia misma de las cosas, porque sin esto no será nunca un verdadero aritmético.” (Platón 1949) Estas ciencias elevan al hombre al hacerle razonar sobre los números tales como son en sí mismos, y no sobre cantidades visibles, facilitando así el paso de la contemplación de lo sensible a la de lo que no cambia, lo

eterno, lo verdadero, las ideas. Junto con estas ciencias debe cultivarse la geometría, que “atrae al alma hacia la verdad y forma en ella el espíritu filosófico, obligándola a dirigir a lo alto sus miradas, en lugar de abatirlas, como suele hacerse, sobre las cosas de este mundo”. (Platón 1949)

La tercera ciencia que han de estudiar los futuros filósofos y hombres de Estado es la astronomía. La belleza del cielo debe verse como un reflejo de la belleza del cielo inteligible. La ciencia propia del filósofo es la dialéctica, mediante la cual se eleva de lo sensible a lo inteligible y de las ideas a la idea suprema, la idea de Bien. “Este método es el único por el que puede llegarse con regularidad a descubrir la esencia de cada cosa [...] El método dialéctico es el único que, dejando a un lado las hipótesis, se eleva hasta el principio para establecerlo firmemente, sacando poco a poco el ojo del alma del cielo en que estaba sumido y elevándole a lo alto con el auxilio y por el ministerio de las artes de que hemos hablado.” (Platón 1949)

Para recibir esta educación, encaminada al manejo de la dialéctica, deben escogerse los que hayan mostrado más paciencia en sus trabajos, más valor ante los peligros y más ardor en el estudio de las ciencias. A los veinte años, una vez concluido el curso de ejercicios gimnásticos (tres años), se los iniciará en las ciencias, otorgándoles ciertos honores como incentivo. Al llegar a los treinta años, se escogerá de entre ellos a los que hayan mostrado mayor constancia, firmeza y condiciones naturales para el estudio y la guerra y se les concederán nuevos honores, iniciándolos en la dialéctica.

Luego de dedicarse cinco años a la misma, estos escogidos “descenderán de nuevo a la caverna” para ganar experiencia. Allí se observará si se mantienen firmes o vacilan. Quince años transcurrirán de este modo en la vida del futuro hombre de Estado. “Entonces es llegada la ocasión de conducir al término a aquellos que a los cincuenta años hayan salido puros de estas pruebas, y se hayan distinguido en las ciencias y en toda su conducta, precisándoles a dirigir el ojo del alma hacia el ser que alumbrá todas las cosas, a contemplar la esencia del bien y a servirse de ella después como de un modelo para arreglar sus costumbres, las del Estado y las de los particulares, ocupándose casi siempre del estudio de la filosofía, pero cargando, cuando toque el turno, con el peso de la autoridad y de la administración de los negocios sin otro fin que el bien público, y en persuasión de que se trata menos de ocupar un puesto de honor que de cumplir un deber indispensable.” (Platón 1949)

La educación en el Estado ideal según Las leyes

Sobre la educación en el Estado ideal vuelve a explayarse Platón en Las leyes, ya en su vejez. En este diálogo modifica el comunismo radical de La república, fija el derecho de propiedad ciudadana y el de herencia, regula el matrimonio (ya no hay comunidad de mujeres) y renuncia a la coeducación de los sexos, pero siempre en un ámbito de enérgico estatismo, con estrechos límites a la libertad individual. La educación sigue jugando aquí un papel central en la vida del Estado, ya que de ella depende la virtud de los ciudadanos y de ésta el orden y la justicia del mismo.

Platón vuelve a resaltar la importancia de la educación del hombre en sus primeros años de vida. Los niños deben ser tratados de modo especial, sin excesiva dureza y sin demasiada condescendencia. Lo primero hace a los niños coléricos y siempre dispuestos a irritarse, lo segundo genera sentimientos de bajeza y cobardía. “A los tres, a los cuatro, a los cinco, y hasta a los seis años los juegos son necesarios a los niños; y desde este momento es preciso corregirlos, pero sin imponerles ningún castigo ignominioso.” (Platón 1985)

La gimnasia, con sus dos partes (el baile y la lucha), y la música son ejercicios propios para la educación de los jóvenes. Los cantos y bailes son jurisdicción de la autoridad pública, que decide sobre su bondad y conveniencia. “Sentemos, pues, como una regla inviolable, que desde el momento en que la autoridad pública ha determinado y consagrado los cantos y los bailes, que son propios de la juventud, tan ilícito es a todo el mundo cantar y bailar de otra manera como violar cualquiera de las otras leyes.” (Platón 1985) Los cantos deben honrar la memoria de los ciudadanos que supieron vivir distinguiéndose por sus acciones bellas y difíciles y por su respeto a las leyes.

Los jóvenes aprenderán equitación, a tirar con el arco y lanzar toda clase de dardos. Para todo ello se contratará a los mejores maestros extranjeros, quienes recibirán fuertes recompensas. Esta educación será obligatoria. “Los padres no tendrán libertad para enviar sus hijos a estos maestros o abandonar su educación, sino que es indispensable, como ya se ha dicho, que todos, hombres y mujeres, en cuanto sea posible, se consagren a estos ejercicios, por la sencilla razón de que pertenecen, más que a sus pares, a la patria.” (Platón 1985)

La enseñanza de las letras comenzará a los diez años y, con una duración de tres años, será obligatoria para todos, gusten o no de ella. “Los niños deben dedicarse a las letras durante el tiempo que sea necesario para que aprendan a leer y a escribir. Por lo que hace a aquellos que por sus condiciones naturales no hayan podido llegar en los tres años a leer y escribir con propiedad y corrientemente, no debemos apurarnos por esto.” (Platón 1985)

Las mujeres participarán de esta educación, brindada por maestros contratados por el Estado, aprendiendo incluso el manejo de las armas, que les permitirá defender sus hogares en caso de necesidad. “[...] sería un vicio capital en el gobierno el que las mujeres estuviesen tan mal educadas que no se encontrasen dispuestas a morir y a exponerse a los peligros por la salvación de la patria, en la misma forma que vemos a los pájaros combatir en defensa de sus polluelos contra los animales más feroces, y que a la menor alarma corriesen a refugiarse a los templos, para abrazarse allí a los altares y a las estatuas de los dioses.” (Platón 1985)

También debe aprenderse aritmética, geometría y astronomía. Pero un conocimiento exacto de estas ciencias no es necesario a todos. El ciudadano medio contará con una educación mínima en ellas. “Con mucha razón se dice de estas ciencias que es vergonzoso para todo hombre no tener las primeras nociones de ellas; pero que no es fácil ni posible a todo el mundo poseerlas a fondo.” (Platón 1985)

En el libro XII de Las leyes, Platón habla de un consejo que tendría a su cargo tareas moralizadoras y pedagógicas. Es el llamado Consejo Nocturno, integrado, entre otros, por un grupo muy selecto de ciudadanos: sacerdotes virtuosos, antiguos guardianes de las leyes y el director de la educación de la juventud. Dicho Consejo se encargará de promover reformas y señalar los medios para instruir a los hombres de Estado, quienes deberán estudiar la ciencia de la virtud en sus cuatro partes: templanza, fortaleza, justicia y prudencia. Los futuros gobernantes estudiarán además la ciencia de lo bueno y de lo bello, el arte de dar razón de lo que se sabe y de comunicar su ciencia a los demás, y lo que se refiere a los dioses y a la religión.

En Las leyes Platón sigue convencido, como lo estaba en su juventud, de que la sociedad sólo alcanzará la justicia a través de la educación. Pero en este diálogo no le concede tanta importancia al filósofo como gobernante cuanto como legislador, ya que entiende que de la redacción de leyes sabias y de su cumplimiento dependerá la suerte de la polis.

Platón siguió los pasos de su maestro Sócrates, quien dijo haber "practicado la verdadera política", la que tiene por vocación modificar la ciudad modificando al ciudadano. "Filosofía, pedagogía y política han estado, en la aurora de nuestra civilización, íntima e indisolublemente ligadas. Mensaje mal entendido y a menudo olvidado por los filósofos de nuestra historia, cómodamente reclusos en la torre de marfil de sus bibliotecas, mensaje sin embargo capital en el platonismo: la filosofía no es ni evasión, ni reclusión, ni ruptura, o lo es tan sólo durante el período de una ascensión personal; es, por el contrario, enraizamiento, toma de conciencia del mundo y de la historia, entrega de uno mismo en la morada común. Con los riesgos y peligros que ello implica." (Droz 1992)

CONCLUSIÓN

Las raíces de la teoría de la educación platónica deben buscarse en la metafísica y la antropología del filósofo ateniense. Lo realmente real es para Platón lo inmutable, lo eterno, lo inmaterial, las ideas. La razón, que busca conocer lo real, lo verdadero, debe por tanto elevarse desde este mundo mutable, en el que nada es porque todo siempre está dejando de ser, hacia el mundo de las ideas.

El camino del conocimiento es un camino de liberación del cuerpo, de los sentidos, de la materia. Y este camino no es otro que el de la realización del fin último del hombre. El hombre es su propia alma. El cuerpo no es sino la cárcel en que ésta se ha visto encerrada. Buscando el contacto directo con lo eterno, con lo divino, el alma no hace sino el intento de volver a la vida que por dignidad y por naturaleza le es propia.

El hombre que alcanzando este grado superior de educación es el único capaz de organizar la vida social de modo tal que la ciudad sea justa y sus miembros dichosos. La educación no se refugia en las academias, tiene vocación y fin políticos. La educación es la llave que permite arribar a una sociedad en la que las virtudes caractericen a los hombres y al Estado.

REFERENCIAS

Droz, G. 1992 Los mitos platónicos. Barcelona: Labor, págs. 80, 81.

Hirschberger, J. 1982 Historia de la Filosofía. Barcelona: Herder, tomo I, pág. 86.

Rohde, E. 1983 Psique. La idea del alma y la inmortalidad entre los griegos. México: Fondo de Cultura Económica, pág. 14.

Platón 1988 La república. Buenos Aires: EUDEBA, págs. 381, 382, 383, 384.

Platón 1949 La república. Buenos Aires: Espasa-Calpe, págs. 143-144, 101, 102, 103, 118, 127, 131, 133, 138, 140, 179, 225, 191, 256, 158, 264-265, 272.

Platón 1985 Las leyes, Epinomis y El político. México: Porrúa, págs. 137, 142, 146, 150, 153, 157.